

A C T I T U D E S

MOTIVOS DEL AMOR

Por MANUEL PINILLOS

Amor: eternidad

Queda el amor aún sobre el mundo,
más en la tierra que en la sangre.
Nombro al amor aunque no quieren
los muertos hombres recordarse

en sus terribles manos ávidas,
en sus palabras humeantes,
entre sus brazos como el viento.
Nombro al amor que nos repare.

El agua fría de los años
ahora nos lleva por los mares
de la tristeza. Pero aun queda
alguien que nos ama bajo los árboles.

Callan los labios, oscurecidos
por el dolor de la catástrofe
de este atroz siglo. Más está amando
el corazón, entre los aires.

Nadie lo expone, nadie se atreve
a recordarlo. Pero se sabe
que todo el suelo lo crepita.
Siempre el amor, salvándose.

*Yo sigo amante y seguiré,
y será eterna mi voz grave,
eternamente irá al amor
este barrido sueño de carne.*

*Mientras aun haya aguas de fuego
atravesando tiernos valles,
seguirá vivo el universo,
seguirá Dios con nosotros: amándose.*

Criatura del cielo

*Tierra del firmamento donde apoyo mi brazo,
¿qué me miras, que miras fulgurante, emboscada?
Dime, amor mío, dime, ¿qué recuerdas tú siempre
si me miras buscando mis primeras caricias?*

*Tal vez piensas en todo lo que quise decirte
cuando estaba en mí muda la palabra, tan tierno
niño puro soñándote, sin hablar, sólo oyendo
tu errabunda hermosura más allá de las nubes,
más allá de tu velo.*

*Tal vez quieras hallarme como un día me viste
apretado a tu lánguido y delicioso cuerpo
sobre la hierba tibia y brillante del aire,
adivinado amor de mi recién nacido
corazón bajo forma de un inocente pecho.*

*Ahora, que soy tan tuyo como entonces y sangro
por los poros de todas las ofrecidas noches
de tu bella, alta entrega, de tu cálido seno,
ahora que tengo labios para exclamarte y puedo
decirte con justeza tu verdadero nombre,
tus infinitos húmedos senderos,*

*contéplame, ay, más fuera de tu órbita alada,
distante de tu tiempo.*

*Ya sólo hombre, cansada sombra entre llanto y hueso,
sólo un hombre que vuelve al dolor de la tierra,*

olvidado de tu seno de suavísima estrella,
de tu férvido cuerpo.

Viviente hombre que torna a su obtusa memoria
tan allá de tu bosque, de tu ya ajeno eco,
pobre y triste peñasco de este piso de grava
que nos roba aquel suave latir aéreo, sereno,
de la vida que empieza
en silencio creyendo.

¡Tierra breve, querida, por el cielo lejano
perdida—¿para siempre?—en tu bosque de viento:
perdemos tu alegría si nos vemos desnudos,
morimos cuando hablamos, nos matan si crecemos!

Necesariamente te olvidas

Para A. V.

Voy por la gran ribera de tu pena.
Nada puedo ya hacer. Lejos, me pides
que te recuerde. Tristemente escucho
mi emancipada soledad, mi vida
que busca solitaria, que se busca.
Buscar es ya de amor. ¿Tú nunca buscas?
¿No quieres nunca ballar, sola te quedas
con mi recuerdo quieto? Algo tenemos,
esparcido, que asir. Algo—¿es el cielo,
es la voz de las cosas, es la eterna
precisión de la muerte?—, algo nos llama.
¿Por qué no escuchas? Sólo tú quisieras
hacerme tuyo, sólo, sólo tuyo,
ocuparme así todo,
destruir mi profunda devoción
por el mundo secreto, arrebatar
en tus anillos blandos de culebra amorosa.

Perdona. Sueñame. Tenme en tus hombros
como el recuerdo extremo de unas horas
sencillas y tempranas. No te llevo
ya sobre mí. Te llevo como sangre,

ojos, vida, rumor de besos, ansia
 de vivir como supe entre tus arrebatos,
 llama, vestigio impar. Pero marchamos
 hacia nuevas espadas, hacia heridas,
 hacia rostros perdidos que nos oigan
 tanto emanado ardor sin decidirse.
 Marchamos hacia orillas que nos ganen
 para la eternidad honda de Dios,
 para sus anchas hojas, para sus ramas graves.

¿Es que me traes a Dios? ¿Sabes tú algo?
 ¿Tienes bajo tu tierno pecho leve
 grandes olas de luz hermosa? Dilo.
 Dime alguna palabra diferente
 de lo que fué matándote en mi ser,
 pálidamente triste.

Nada puedo negarte, si tú llevas
 un palmo de esta vida que me inquiere
 distintamente a aquel amor humilde,
 ceniciento, que me ibas entregando
 para volverme parte de tu melancolía,
 densa niebla, gris llanto. Elégame
 de otra manera opuesta. ¡Si pudieras
 entregarme la puerta de lo eterno!
 ¡Si lo pudieras!

No. Vete. Desviate.

Los hombres sufren, odian. Hay que alzarlos,
 hay que juntarlos sobre el horizonte,
 hay que salvarse el corazón que salve,
 hay que salir de ti que me destruyes
 con tanto amarme tuyo para siempre

Vete. Vete. No vuelvas a nombrarme,
 no me llames, no me ciñas. El mundo
 está solo, está ciego, hay que buscar
 las cosas una a una, hay que buscarse
 por todas partes limpio de otros brazos,
 hay que volver a ser entero y libre.